

rodujo en la cerradura la llave que tenía en la mano, y la puerta se abrió sin el más leve ruido.

Entonces ya no fué necesario que le impulsase á entrar su compañero; el dolor, los celos reanimaron su imaginación, velada por el desaliento poco antes, y ofuscada además por la bebida espirituosa que contenía su estómago: lanzóse hacia adentro, y el máscara le siguió.

Pero, contra lo que el arlequín esperaba, Luciano, en vez de dejar la puerta abierta y lanzarse con ciego furor en el interior de la habitación, cerró con cuidado, y en seguida sujetó con brazo fuerte á su compañero.

Después, con la mano que había cerrado, y que ya tenía libre, abrió una puerta situada á su derecha, y que daba paso á un cuarto bastante espacioso.

—¡Entra ahí! dijo al máscara en voz baja, pero con acento terrible; ¡entra ahí, y espera á que venga á matarte!

Dichas estas palabras, cerró la puerta con llave, guardó ésta en el bolsillo, y empezó á internarse con paso cauteloso en las demás habitaciones de la casa.

## V

Era tal el silencio con que Luciano se adelantaba, que nadie, ni aunque estuviera dotado del oído más perspicaz, hubiera podido oírle.

Cruzó un largo pasillo, y al fin de él se halló á la puerta de una salita, en la cual ardía una lamparilla.

Extraño era el contraste que presentaba el silencio de aquella humilde habitación, con el loco bullicio que reinaba en las calles: á pesar de la elevación de aquel piso—que parecía excesivamente modesto,—á pesar de su elevación, se oían en él las músicas y la algazara de las máscaras que discurrían por la calle.

Acá y allá se escuchaban canciones, gritos y carcajadas alegres, cuyos ecos sonoros subían á estrellarse en los cristales de las pobres ventanas de aquella habitación.

Luciano se detuvo tembloroso á la puerta de la estancia, que abarcaba con una mirada llena

de angustia: sólo la alcoba, que era grande y estaba cubierta con una cortina de lana, se escapaba á su vista.

A través de la cortina brillaba otra luz, pero nada se oía... nada, ni aun el más leve rumor. Luciano sintió sus sienes próximas á estallar: dudaba... temblaba, y ansiaba, por otra parte, saber la verdad, por horrible que fuese.

Lanzóse por fin á la cortina, y la recorrió con mano fuerte; pero aquel esfuerzo agotó su fortaleza, y hubo de apoyarse en el marco de la puerta para no caer.

Allí, con el cabello erizado sobre las sienes, con la frente bañada de frío sudor, tendió por el dormitorio una mirada de angustia, y en el mismo instante respiró, y sus facciones se dilataron, á la vez que de su pecho se exhalaba un largo suspiro de paz y de descanso.

Una mujer estaba tendida en el gran lecho matrimonial, esculpido, única alhaja que Luciano no había querido vender en medio de su pobreza: aquella mujer era Wilna, y dormía inmóvil, sola, llena de paz.

Luciano la contempló con un afán henchido de ternura y de gratitud, desde el sitio donde estaba, porque sus emociones habían sido tan fuertes

desde hacía algunas horas, que no le dejaban fuerzas para moverse.

Wilna era hermosa como un sueño de amor; una masa de cabellos rubios como el oro, suaves y flexibles como la seda, se derramaba sobre su frente y sus hombros; sus grandes ojos, entornados, estaban guarnecidos de largas pestañas rubias, de esas que dan al semblante de una joven tanta pureza y suavidad: á través de su pequeña boca entreabierta brillaban sus dientes, semejantes á una sarta de diminutas perlas.

Aquel semblante tan bello, tan puro, tan plácido, estaba descolorido y marchito por el dolor y por la miseria: grandes ojeras oscuras contrastaban tristemente con la blancura de jazmín de sus mejillas; sus sienes se habían hundido ligeramente bajo los rizos de su rica cabellera, y la parte inferior de su rostro estaba también adelgazada. Sin embargo á pesar de estos signos inequívocos del pesar, la mansedumbre más adorable, la más exquisita bondad, se reflejaban en su semblante.

Tenía puesta una bata de tela de algodón, descolorida ya á fuerza de estar usada; uno de sus brazos sostenía su cabeza; el otro colgaba fuera del lecho.

Luciano se acercó por fin, después de haber vencido la emoción que le dominaba: por sus mejillas corrían dos lágrimas, arrancadas por el aspecto de su mujer, porque aquel aspecto plácido y resignado era más elocuente que las más dolorosas quejas.

Arrodillóse junto al lecho y tomó la mano de Wilna para llevarla á sus labios; pero casi en el mismo momento la soltó estremecido.

Aquella mano estaba helada.

Luciano se puso en pié de un salto; su cabello volvió á erizarse; sus dientes chocaban con una horrible convulsion.

Acercóse á su mujer, y tocó su frente: estaba fría también. Tocó su corazón: estaba inmóvil; Wilna había muerto.

Un grito terrible se escapó del pecho de Luciano; el mundo le pareció que se desplomaba sobre su cabeza: revolvió sus ojos, ciegos de furor, por el dormitorio, ansiando hallar algo á que echar la culpa de su desgracia, y sus ojos se fijaron en un papel doblado y colocado sobre la mesita de tocador de Wilna.

Lanzóse sobre él como sobre un inesperado consuelo; lo abrió con mano trémula, y leyó lo que sigue:

«Adiós, Luciano; voy á morir: mi corazón no puede amarte, y he perdido mis hijos, que era lo único que me ligaba á la vida: voy á buscarlos, y á buscar también á mis padres, á los que tanto amaba: quisiera tener esa fe ciega en el cielo que tienes tú; pero mi educación no ha sido como la tuya, y mi padre, escéptico, por sabio y por desgraciado, no me dió ningún escudo fuerte para tanto dolor como rodea mi alma.

»En esta hora suprema quiero confiarte, Luciano, un doloroso secreto... Yo no te amaba á tí, porque amaba á otro desde antes de casarme contigo, y no tiene poca parte en mi muerte el convencimiento que abrigo de no poder ahogar este fatal amor.

»Adiós, Luciano, y perdóname, porque te aseguro que he sido buena y pura y que tu apellido baja conmigo á la tumba sin que le empañe ninguna mancha.

WILNA.»

—¡Socorro! gritó Luciano, cuya cabeza se extraviaba ante aquella horrible desgracia, y olvidando que estaba solo, porque el máscara permanecía encerrado; ¡socorro!

—¡Abre, Luciano! gritó el arlequín desde su encierro; ¡abre!

Pero Luciano ya no oyó estas palabras; oprimido su corazón de dolor, había caído con la cara contra el suelo.

El máscara golpeó entonces la puerta, y con tanta fuerza, que los vecinos del cuarto segundo lo oyeron y subieron, logrando que acudiese un cerrajero para abrir la de la escalera.

En seguida se abrió también la del cuarto donde estaba encerrado el máscara, que se presentó en el umbral.

Aun conservaba su traje de arlequín; pero su gran gorro había servido para despojar su semblante de la espesa capa de blanquete y bermellón que le cubría.

Había arrojado también su peluca rubia, y espesos cabellos negros y rizados guarnecían su frente morena y altiva y sus mejillas adelgazadas.

—Soy el Marqués de Chatereau, dijo con altivez; no sé qué desgracia ha ocurrido aquí; pero id á buscar á un juez, porque quiero constituirme en prisión.

Y el Marqués, seguido de todos los presentes, entró en la habitación donde yacían Luciano y Wilna, muerta ésta y aquel privado de sentido.

Él mismo, ayudado de otro vecino, levantó á

Luciano, y le depositaron en un viejo sillón colocado junto al lecho, siendo reconocido por todos como el esposo de la joven difunta que yacía allí.

Poco después llegó el juez; extendió el sumario, y uno de los vecinos se encargó del desventurado Luciano, que aun no había recobrado los sentidos, y que fué trasladado al cuarto principal.

Otros vecinos quedaron velando el cadáver de Wilna; el juez se hizo cargo de la carta de ésta, como único cuerpo del delito, y rogó al Marqués de Chatereau que se dejase conducir preso, á lo que éste accedió, diciendo que estaba á disposición de la autoridad.

FIN DEL PRÓLOGO